



Destapar la corrupción

La investigación periodística del ‘caso Gürtel’ ha permitido prestar un servicio público esencial en democracia

José Manuel Romero-Salazar

Subdirector de Nacional de EL PAÍS

El día que estalló el *caso Gürtel*, la política nacional andaba enfangada en un caso de espionaje político pagado con fondos públicos que destapó EL PAÍS y que todavía anda metido en los juzgados con cinco imputados muy próximos al Gobierno de Esperanza Aguirre en la Comunidad de Madrid. Aquel 6 de febrero de 2009, la policía había entrado en varios ayuntamientos del Madrid rico en busca de expedientes y detuvo a varios empresarios ligados a la organización de actos para el PP. Hasta aquí, la escueta información de la Audiencia Nacional sobre una operación contra la corrupción dirigida por el juez Baltasar Garzón. Nadie podía adivinar entonces que, sólo unos días después y con la lupa del trabajo periodístico puesta sobre el caso, se iba a descubrir la más extensa trama de corrupción vinculada a un partido político conocida en democracia. EL PAÍS fue el primer periódico de España que apostó por el asunto como una información de primera magnitud. Durante las horas que siguieron al primer golpe policial a la red corrupta, este periódico y otros medios ataron cabos mirando de reojo a una opaca investigación judicial. El *caso Gürtel*, precisamente por su extensión -hay 70 imputados, media docena de ayuntamientos implicados, una decena de constructoras y empresas contratistas afectadas, al menos cuatro gobiernos autonómicos infectados por el virus de los sobornos

de la red corrupta y una vasta red de sociedades que manejaban los cabecillas de la trama con decenas de trabajadores- estaba plagado de hilos sueltos. Sólo era cuestión de paciencia, de trabajo, de suerte en algún caso y de mirar a la hemeroteca, donde se recogía el historial de irregularidades de algunas empresas de la trama corrupta que habían dejado ya algunas pruebas de su estilo en administraciones gobernadas por el PP. Sin vulnerar ningún secreto de sumario y acudiendo a distintas fuentes, algunas muy próximas a quienes habían denunciado los hechos ante los tribunales y otras muy próximas a los denunciados, EL PAÍS reconstruyó, en apenas 72 horas, la historia básica de una trama corrupta que, todavía hoy, sigue desencadenando dimisiones de relevantes cargos políticos y públicos. Esas informaciones, unidas a otras difundidas por otros medios de comunicación, contribuyeron a acelerar la destitución de alcaldes y diputados autonómicos, todos ellos beneficiados supuestamente por el cobro de comisiones ilegales a cambio de adjudicaciones amañadas. La investigación periodística del *caso Gürtel*, en la que han participado varias decenas de periodistas de EL PAÍS, de las secciones de Nacional, de Madrid y de Valencia, ha permitido prestar un servicio público esencial en democracia: destapar la corrupción política. El trabajo ha sido duro, pero no

tanto por el esfuerzo que implica lograr información que mucha gente quiere ocultar, como por tener que soportar los ataques que, desde el primer día, se dirigieron contra este medio de comunicación, al que llegaron a atribuir oscuras maniobras para desacreditar al PP y falsas complicidades con jueces, fiscales, policías o el propio Gobierno para vulnerar el secreto de sumario. Nada de eso hubo. Nuestros intentos por conocer la versión de los implicados en la trama corrupta fueron casi siempre inútiles. A veces, porque los imputados levantaron un muro de silencio para su defensa. Otras veces, porque respondieron con mentiras a las preguntas de este periódico. En este último caso, las mentiras fueron derribadas por los hechos descubiertos en la investigación judicial. Llegó un momento en que EL PAÍS tuvo en el juzgado, como afiladas espadas de Damocles, 10 querellas vivas presentadas por dirigentes del PP donde llegaban a atribuir delitos penados con cárcel a algunos de los redactores por ofrecer la mejor información sobre una trama de corrupción que creció durante 14 años a la sombra del poder... del PP. No es el momento de quejarse. El trabajo mereció la pena. EL PAÍS, creo, sirvió a la democracia con su esfuerzo por hacer transparente lo que determinado poder, y quienes lo atesoran, ha pretendido oscurecer para evitar que nadie pueda ver lo que hay dentro.